

**MESA REDONDA:
HUMANISMO Y TAUROMAQUIA**

INTERVENCIÓN
de
ROGELIO REYES CANO

Para centrar el tema del que vamos a hablar, quiero partir de dos afirmaciones que pueden parecer algo tópicas y bastante conocidas para las personas que nos dedicamos a este mundo de la tauromaquia, pero que quizá el público en general no conozca, y a mí me parece que pueden ayudarnos un poco a entrar en situación. Una es la opinión del pensador Ortega y Gasset, y la otra, el punto de vista de un artista: Federico García Lorca.

La de Ortega dice así:

Afirmo de la manera más taxativa que no puede comprender bien la Historia de España desde 1650 hasta hoy quien no haya construido de forma rigurosa la historia de las corridas de toros, historia que revela algunos de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante casi más de tres siglos.

Por su parte, García Lorca, en una entrevista que le hicieron en 1935, es decir, cuando ya había escrito el famoso *Llanto por Ignacio Sánchez-Mejías*, afirma:

El toreo es, probablemente, la riqueza poética y vital mayor de España, desaprovechada de forma increíble por los escritores y artistas, debido principalmente a una falsa educación pedagógica que nos han dado, y que hemos sido los hombres de mi generación, los primeros en rechazar. Creo que la fiesta de los toros es la más culta que hay en el mundo. Es el drama puro en el cual el español derrama sus mejores lágrimas y sus mejores bilis. Es el único sitio a

donde se va con la seguridad de ver la muerte rodeada de la más deslumbradora belleza.

He querido partir de estas dos citas, porque creo que sitúan esta mesa redonda en el ámbito deseado por sus organizadores; es decir, Humanismo y Tauromaquia; la dimensión estética y cultural de la Fiesta, y la conexión de ella con los saberes humanísticos y la Historia. El texto de Ortega y Gasset conecta el toreo con la Historia, con la sociedad y con el discurrir de España; da claves y revela «recónditos secretos de la vida nacional». El texto de García Lorca ubica a los toros en el ámbito de la cultura y del arte; de la creatividad estética, y a la par, del profundo sentido de la vida y de la muerte del pueblo español.

Por tanto, partiendo de estas dos aseveraciones, será difícil negar la pertinencia de esos hechos que ellos defienden. Naturalmente, la cultura española está impregnada de referencias taurinas, y éstas son especialmente intensas en el mundo de las Bellas Artes; desde la escultura, pasando por la pintura, la arquitectura, el cine, el teatro, y especialmente la literatura, que es con la que más vinculado estoy. En la famosa *Enciclopedia* de Cossío hay un capítulo dedicado a la relación de los toros con la literatura. Testimonios literarios alusivos a los toros existen desde la Edad Media, en el Siglo de Oro, etc., pero sobre todo abundan a partir del siglo XVIII, cuando la corrida deja de ser un puro divertimento nobiliario y se configura como algo más próximo a lo que es hoy; es decir, como un espectáculo más popular, pero reglado y codificado por el racionalismo de la Ilustración. Es entonces cuando adquiere —sobre todo a partir de la segunda mitad de siglo— un protagonismo muy fuerte en nuestra literatura, con las grandes polémicas del “pan y toros”.

Yo diría que lo taurino impregna, bien por filia, bien por fobia, buena parte de la literatura española. Recordemos, por ejemplo, la admiración que los intelectuales de la Generación del 14, como Valle-Inclán y Pérez de Ayala, van a sentir por Juan Belmonte, o por el contrario, la feroz cruzada antitaurina de Eugenio Noel. Más tarde, en el 27, aparece el primer grupo literario que entiende la fiesta de los toros, básicamente, como algo que está bajo el dominio de las Bellas Artes, naturalmente en torno a la figura de Ignacio Sánchez-Mejías. Por tanto, en la tradición cultural española, hay una fuerte polémica a favor o en contra de los toros, y esa polémica tiene una activa presencia en el campo de la literatura.

Me voy a centrar en cómo vio a la Fiesta un hombre como Antonio Machado. La Generación del 98 fue, en general, poco proclive e incluso opuesta al fenómeno taurino, por una actitud, sobre todo, de moral social. Es decir, no ya por lo cruento del toreo, sino porque ellos veían en el taurinismo el reflejo de hábitos sociales negativos de “esa España inferior” de la que hablaba Antonio Machado: el caciquismo, el señoritismo, el conservadurismo rural y la manipulación de las clases populares. Machado, en líneas generales, está en esa órbita, pero a la vez ofrece matices muy importantes. Pienso que tiene poco o ningún sentido enfrentar a Antonio y a su hermano Manuel en este punto de la taurofilia y la taurofobia. Cierto es que Manuel dijo que «antes que un tal poeta, mi deseo primero hubiera sido ser un buen banderillero», lo que supone una afirmación algo extravagante que no vamos a ver, por supuesto, en su hermano. En cambio, si analizamos la obra de Antonio Machado, veremos cómo matiza y ahonda en el sentido de la fiesta de los toros, en una medida que no es muy conocida, incluso entre sus lectores habituales. Voy a analizar brevemente las relaciones de Machado con la Tauromaquia, estableciendo tres etapas en su vida:

En primer lugar, durante su etapa juvenil, se instala en Madrid desde los ocho años, y se educa de la mano de los krausistas, de la Institución Libre de Enseñanza y de Francisco Giner de los Ríos. Entra, como casi todos los escritores que llegan a la capital, en el periodismo, y en 1893 colabora con su hermano Manuel en un periódico llamado *La Caricatura*. Lo que hacen respecto a los toros es una leve crítica social de la desmedida taurofilia de los madrileños de entonces, pero en un tono humorístico. Hablan de la tipología existente en torno al mundo de los toros, (toreros frustrados, maletillas, capitalistas...), y algo sobre el tema del “pan y toros”. Un pasaje de ese periódico firmado por ambos hermanos dice:

«Pan y Toros» dijo Jovellanos, tratando de sintetizar en esas palabras el eterno deseo de nuestro pueblo, y en verdad que la frase que se le ocurrió no pudo ser más adecuada.

Pedimos pan porque pedir carne es una gollería, pan negro o blanco; duro o tierno, con estropajos o sin ellos; bien pesado o falto de peso; español o francés, el caso es que no nos falte el pan nuestro de cada día.

Y lo mismo nos sucede con los toros: ¿hay corrida? Pues a la plaza, aunque tengamos que empeñar el colchón, vender la Biblia o quedarnos en mangas de camisa. La cuestión es ir a los toros; a los novillos si llega el caso, o a los becerros a falta de toros y novillos.

Pero existe un texto escrito por Antonio Machado en esta misma época, en forma de carta dirigida a su hermano, hablándole de una corrida a la que Manuel no pudo asistir, en el que se demuestra que hay una real afición a los toros por su parte. Describe en tono entusiasta y vivo las faenas, lo cual denota una familiaridad con el mundo de los toros por su parte, que es propia de su juventud, y anterior a los ataques antitaurinos de carácter satírico que veremos más tarde. Un fragmento de la carta dice así:

Bombita ha hecho aquí, como dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en la que todos estuvieron admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! Reverte, aunque no es tan matador, es si cabe aún más valiente que Bombita y hace más prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro, y con la espada quedó muy bien, pero el fenómeno fue Bombita.

Una segunda etapa vital y literaria de Antonio Machado es la que podríamos denominar etapa regeneracionista. Su actitud en esta época (1912-1917) es de un enfoque muy crítico hacia la fiesta de los toros. Pero lo es no tanto del espectáculo en sí, que no describe casi nunca, sino sobre todo del sentido y funcionalidad del hecho taurino. Es decir, para Antonio Machado los toros contribuyen a degradar a la España rural, manipulada —dice— por un dirigismo urbano. Una carta dirigida a Ortega y Gasset es buena muestra de ello:

Cuando los intelectuales, los sabios, los doctores se dignen ser algo folk-loristas y desciendan a estudiar la vida campesina, el llamado problema de nuestra regeneración comenzará a plantearse en términos precisos. Mientras la ciudad no invada el campo —no con productos de desasimilación, sino de nutrición, de cultura— el campo invadirá a la ciudad, gobernará —si es que puede gobernar lo inconsciente—, dominará, impulsará la vida española. Esto es lo que

pasa hoy. La mentalidad dominante española es de villorrio, campesina, cuando no montaraz. La ciudad manda al campo recaudadores de contribuciones, diputados, guardias civiles y revistas de toros; el campo envía a la ciudad, por un lado, al pardillo, al cacique, al abogado, al político y, por otro, al cura.

En la misma línea está este texto de 1913:

Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español (Manuel B. Cossío). En efecto, si la ciudad no manda al campo verdaderos maestros, sino guardias civiles y revistas de toros, el campo mandará sus pardillos y abogados de secano, sus caciques e intrigantes a las cumbres del poder, y los mandará también a las Academias y a las Universidades.

Para Antonio Machado, los toros en esta época forman parte de un casticismo vano y ruralizante que formaba parte de la España inferior. La taurofilia española es para él un vicio más, junto al flamenquismo, al conservadurismo político, a la vaciedad mental espiritual y al concepto interesado y vacío de lo religioso. Es una fiesta protagonizada por la aristocracia rural y urbana marcada por lo anterior. En su poema "Del pasado efímero" se aprecia perfectamente la actitud regeneracionista y crítica de esta época:

Este hombre del casino provinciano,
que vio a Carancha recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados por melancolía;
bajo el bigote gris, labios de hastío,
y una triste expresión que no es tristeza,
sino algo más y menos: el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.
Aún luce de corinto terciopelo
chaqueta y pantalón abotinado,
y un cordobés color de caramelo,
pulido y torneado.
Tres veces heredó; tres ha perdido
al monte su caudal; dos ha enviudado.
Sólo se anima ante el azar prohibido,
sobre el verde tapete reclinado,

o al evocar la tarde de un torero,
 la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta
 la hazaña de un gallardo bandolero
 o la proeza de un matón, sangrienta.
 Bosteza de política, banales
 dicitos al gobierno reaccionario,
 y augura que vendrán los liberales
 cual torna la cigüeña al campanario.
 Un poco labrador, del cielo aguarda
 y al cielo teme; alguna vez suspira
 pensando en su olivar, y al cielo mira
 con ojo inquieto, si la lluvia tarda.
 Lo demás, taciturno, hipocondríaco,
 prisionero en la Arcadía del presente,
 le aburre; sólo el humo del tabaco
 simula algunas sombras en su frente.
 Este hombre no es de ayer ni es de mañana,
 sino de nunca; de la cepa hispana
 no es el fruto maduro ni podrido,
 es una fruta vana
 de aquella España que pasó y no ha sido,
 esa que hoy tiene la cabeza cana.

En el poema aparece claramente el paradigma negativo del señorito rural «que vio a Carancha recibir un día», expresión que puede tener un doble sentido: ver torear a Carancha significa que este personaje aquí denostado, es viejo, ya que el diestro es anterior, decimonónico. Por otro lado, también puede tener un significado irónico; lo más importante que le había sucedido en su vida, según su estimación, fue haber visto una vez a Carancha matar un toro en la suerte de recibir en una plaza. Otros poemas en la misma línea son “El mañana efímero”, con la presencia de elementos decadentes como el falso folklore de «la España de charanga y pandereta», y cómo no, el poema de “Don Guido”, en el que queda patente el paradigma negativo del señorito urbano expuesto anteriormente.

Sin embargo, existe una etapa final (años 30), que es la del Machado de *Juan de Mairena*, donde el escritor expone las cosas más profundas y valiosas sobre el fenómeno taurino, considerado por él, en ese momento, no ya como un espectáculo más o menos pintoresco, ni como el reflejo



J. Sánchez del Campo *Cara ancha*

de un estado social reprobable, sino como una reflexión de hondo calado filosófico en el sentido antropológico, esencial, de una fiesta que a él le parecía singularísima y distintiva. En mi opinión, lo que Machado dice en *Juan de Mairena* supone una cierta rectificación del antitaurinismo indiscriminado de los poemas anteriores. El tono reflexivo y dialéctico del texto en prosa propicia matices y puntualizaciones que el verso no permite. Filósofa sobre la Fiesta con voluntad ensayística, superando ese negativismo rotundo que hemos visto en los poemas; y filósofa sobre la fiesta de los toros, en clarísima relación positiva con el folklorismo que tenía su padre. Es un Machado más comprensivo con el fenómeno taurino, como componente profundo y no siempre negativo, de la personalidad del pueblo español. Es decir, un Machado que se acerca más a la idea de Ortega y Gasset de que no se puede comprender España sin comprender la fiesta de los toros. Un ejemplo de esta última y definitiva postura aparece en un fragmento de *Juan de Mairena*, en el que habla del picador Badila, al que ve como un filósofo. En otro de sus escritos destaca la profunda modestia del torero frente a la actitud de otros héroes de la contemporaneidad:

Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas superfluas a que se consagran, y es la indefectible jactancia previa de la victoria. Si interrogáis a Johnson en víspera de combate, Johnson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestaros que Johnson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo, que fuese capaz de coger a Johnson y a Dewey, y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y, sobre todo, ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroísmo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita —¿cómo no?— la desconfianza de lograrlo.

El torero —el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta— es mucho menos estúpido que el boxeador.

—¿Y qué nos va a enseñá usted esta tarde, Sarvaó?

—Pue que a sartá el olivo.

—¡Maestro!

—Si sale un torillo claro, *s'hará* lo que se *puea*.

Es decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre puede hacer algo con un toro de lidia. Quién habla así, no podrá ser un héroe, pero no es un bruto. ¿Conformes?

—(*La clase a coro*). Conformes.

Finalmente, en otro pasaje del libro *Juan de Mairena*, se sustancia toda una teoría machadiana de los toros de profundo significado social y antropológico, de signo religioso y sacrificial. Es decir, los toros están, para él, más allá de la diversión—como lo vieron los ilustrados—más allá del utilitarismo, e incluso más allá del arte que veían en ella los hombres del 27. El torero, para él, no será ni un verdugo, ni un matarife, ni un loco, sino un auténtico sacerdote de un culto enigmático que se sirve de la inteligencia como instrumento, y del cual el público participa con fervor:

Vosotros sabéis—sigue hablando Mairena a sus alumnos—mi poca afición a las corridas de toros. Yo os confieso que nunca me he divertido. En realidad, no pueden divertirme, y yo sospecho que no divierten a nadie, porque constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión. No son un juego, un simulacro, más o menos alegre, más o menos estúpido, que responda a una actividad de lujo, como los juegos de los niños o los deportes de los adultos; tampoco un ejercicio utilitario, como el de abatir reses mayores en el matadero; menos un arte, puesto que nada hay en ellas de ficticio o de imaginado. Son esencialmente un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido. Por esto las corridas de toros que, a mi juicio, no divierten a nadie, interesan y apasionan a muchos. La afición taurina es, en el fondo, pasión taurina, mejor diré fervor taurino, porque la pasión propiamente dicha es la del toro.

Con esto queda clara esa extrema valoración final que el Antonio Machado maduro hace de los toros. Empieza con aquella afición juvenil, pasa por una etapa de crítica regeneracionista, y finaliza con una comprensión cabal, profunda, antropológica y religiosa de los toros, en un sentido, como decía antes, religioso-sacrificial. Creo que hay pocos

escritores de la literatura moderna española que hayan evolucionado de esta forma, con este discurrir, esta cadencia y estas facetas de comprensión del fenómeno taurino, desde un punto de inicio a otro final, en el que los toros constituyen para él algo que realmente merece la pena y que tiene un profundo significado.